

**Introducción /  
Tres equívocos  
sobre la literatura  
infantil**



**E**scribió el poeta satírico Juvenal que «maxima debetur puero reverentia» (*Sátiras*, XIV, v. 47), es decir, ‘al niño se le debe el máximo respeto’. Bien es cierto que, como sucede con tantas otras citas latinas, esta también perdería parte de su fuerza si le restituyésemos su contexto original. Juvenal, al fin y al cabo un moralista, no intenta establecer con ella una verdad universal, sino todo lo más censurar un caso concreto de mala conducta. Siendo puntillosos, bien pudiéramos entenderla –y sin errar demasiado el tiro– como una suerte de regañina dirigida hacia el adulto de comportamiento errático, algo así como ‘a tu hijo le debes el máximo respeto; y si estás planeando hacer algo vergonzoso, no lo subestimes por su edad, pues hasta tu bebé de pocos meses es motivo más que suficiente para que te lo pienses dos veces antes de meterte en según qué embolados’. No ha impedido eso, sin embargo, que se convierta en un axioma pedagógico moderno más allá de la coyuntura original en la que fue formulada. Considerada por sí sola, al fin y al cabo, casa bastante bien con la idea contemporánea que nos hemos forjado de la infancia como una etapa de la vida que debe gozar de especial protección y cuyo interés ha de ser prioritario en una sociedad democrática. A la infancia, en efecto, se le debe el máximo de los respetos, lo que es como decir, en una sinécdoque más o menos aceptada por muchas culturas, que se le debe a la especie humana. Bástenos ahora con recordar que Paul Hazard, cuando todavía era el comparatista de la literatura más prestigioso de Europa, escribió en 1932 un insólito libro sobre literatura infantil animado por una idea, a mi juicio, inapelable: que los hombres no son más que ex-niños.

Con esa intención, al menos, me propongo abordar las tres unidades sobre literatura infantil y mediación que me han tocado en suerte en este Máster. Me pongo de parte de la infancia porque mi perspectiva busca ser, sin titubeos, humanista. Ello, sin embargo, no me impide ser consciente de que la infancia no siempre ha sido elevada a los altares de la dignidad. De hecho, y volviendo una vez más a Roma, la propia etimología de la palabra delata que ha sido a veces más definida por sus carencias que por sus virtudes. Así es como llegamos a *infans*, ‘niño recién nacido’, ‘bebé’, que une el prefijo de negación *in-* al verbo *fari*, ‘articular palabras’, para dar lugar a una reveladora etimología: *infans*, ‘el que no puede hablar’. Literalmente eso es lo que significa. Quizá ahora se comprenda mejor una de las citas más conocidas de la literatura, que encontramos en el libro segundo de la *Eneida* de Virgilio, cuando Eneas llega a Tiro apenado por la destrucción de Troya y la reina Dido le pregunta por la causa de su pesadumbre, obteniendo esta desconsolada respuesta: «*infandum*, regina, iubes renovare dolorem» (*Eneida*, Libro II, v. 3), es decir, ‘me pides, reina, que rememore un dolor *innombrable*’.

Como de alguna manera tengo que salvar la papeleta de hablar durante horas de literatura infantil a quienes puede que hayan llegado a este módulo movidos por otros intereses, y a fin de subrayar la relevancia no siempre reconocida de esta, me he tomado la libertad de redactar este pequeño ensayo introductorio –ojalá sirva de guía– en el que abordo tres cuestiones que me preocupan y, sobre todo, que me ocupan en mi labor docente e investigadora. Con cada una de ellas pretendo desmentir un equívoco socialmente instaurado acerca de la literatura infantil que me parece arrastra, aunque no siempre de un modo evidente si nos quedamos en la superficie de las cosas, ese prejuicio histórico que concibe la infancia y todo lo relacionado con ella por carencia. Las tres cuestiones son las siguientes: en primer lugar, la idea de que la lectura infantil es una especie de estadio menos desarrollado o evolucionado de la lectura adulta; en segundo lugar, la presuposición de que la función principal de la literatura infantil es la de educar a quienes todavía carecen de educación; y, en tercer lugar, la creencia misma en que lo que llamamos literatura infantil se dirige en exclusiva a la infancia, dando por hecho que esta tiene un poder de comprensión todavía bastante limitado.

Como son estas cuestiones que merecen bastante desarrollo, aunque su enunciación sea simple, las introduciré ahora una a una en sus líneas

maestras y pasaré a profundizar en ellas en los diferentes capítulos que sigan a este.

En primer lugar, me centraré en buscar el contrapunto entre una imagen estereotipada de la lectura (individual, silenciosa, íntima, sustentada como relación entre un sujeto y un objeto y como lectura de escritura) y una imagen de la lectura que voy a llamar deliberadamente «infantil». Esta última no solo no debe entenderse como un estadio más precario de la primera, puesto que, en realidad, la cuestiona y desafía con criterios sólidos, amparados incluso en una fuerte base histórica. Ambas imágenes de la lectura se desenvuelven en una relación dialéctica y especular, que se construye a modo de imagen/anti-imagen. Su estatus, así como su prestigio social, no son sin embargo equiparables. Mientras que la imagen estereotipada de la lectura se concibe como si fuera la única posible, e incluso se proyecta de modo engañoso como práctica históricamente dominante, la imagen de la lectura infantil viene a demostrarnos que hubo otras formas de leer que todavía persisten en gestos tan cotidianos como el de sentarse en el suelo para leer un álbum ilustrado con algún niño o niña. Incluso me atreveré a sugerir que puede que la mayor parte de la historia de la lectura haya estado más cerca de esta segunda imagen que de la primera.

Como parece que el mundo clásico se empeña en salir de nuevo a escena, me valdré de una sencilla distinción entre cultura fría y cultura caliente que tomaré de la helenista francesa Florence Dupont (2001). Las prácticas de lectura que llevamos a cabo con la infancia (*con*, que no *a* la infancia) son por definición dinámicas, vivas y candentes. Poco debería preocuparnos que haya otros modos de experimentar la lectura que no pase por la asimilación de un saber imponente, cincelado en piedra por los siglos de los siglos. Como nos recuerda la periodista norteamericana Meghan Cox Gurdon (2022), tener en propiedad y apropiarse de algo son dos cosas bien diferentes, y aquí me centraré sobre todo en lo segundo, porque la infancia, como podrá comprobarse en esa primera unidad, ha recibido literatura por parte de los adultos, se la ha «robado», ha recibido asimismo libros por parte de los adultos cuyo carácter literario podría tildarse, cuando menos, de dudoso y, por supuesto, ha elaborado su propia literatura cuando se le ha dado la oportunidad. Esto último se le ha reconocido menos, por desgracia.

primer equívoco:  
la lectura infantil  
como imagen  
degradada de la  
lectura adulta

segundo equívoco:  
presuposición de  
que la infancia  
nos demanda ser  
permanentemente  
educada

En su formulación más básica, el segundo equívoco se produce cuando se da por hecho que los niños nos están pidiendo permanentemente ser educados. Cualquiera que viva en un hogar con niños sabe, sin embargo, que la experiencia rara vez va a corroborar esta suposición adulta. A pesar de ello, muchos adultos acaban convenciéndose de que cualquier libro que les destinemos a los niños, por el mero hecho de ser para la infancia, debe enseñar algo. Pero eso no denota un diagnóstico preciso de las necesidades de la infancia, sino más bien uno bastante exacto de la poca confianza que los adultos a veces tenemos en sus posibilidades y capacidades. Nada hay más fatigoso que un adulto convencido de que su misión con respecto a la infancia es inculcarle valores, porque nada hay más fatigoso que un adulto convencido de que su escala de valores es algo universal y no un mero tejido ideológico que convendría someter a examen de cuando en cuando. Hay formas de violencia simbólica ejercidas sobre la infancia que no por ser eso, simbólicas, debería pasarse por alto. No veremos nunca a una persona adulta regalándole libros a otra para «educar» la escala de valores del prójimo, so pena de arriesgarse a resultar ofensiva, pero cuando se trata de la infancia no nos aplicamos tanta cautela. Por supuesto, también hay quienes piensan que los libros que pongamos al alcance los niños deben servir para alcanzar algún tipo de objetivo externo o en nada relacionado con la propia literatura, como si los libros infantiles tuvieran que remendar todos los descosidos de la vida (¿miedo a la oscuridad, a la pérdida, a dejar el pañal? Los libros, en el caso de los adultos, acompañan; pero para el caso de los niños les exigimos soluciones). Estos, que en lenguaje llano muchos llaman libros «para», representan la forma más confiable de arrebatar desde el principio la propia experiencia de la literatura a la infancia. Si lo que se persigue es esto último, basta con recurrir a libros escritos con algún tipo de interés puramente utilitario y se logrará, pero la literatura, el arte, seguirán sucediendo en otro sitio.

Por eso en la segunda unidad me detendré en introducir dos conceptos cuya relación dicotómica se ha convertido en la columna vertebral de mi aproximación a la literatura infantil como investigador: el de ficciones instrumentales y el de ficciones respetuosas. Ficción, por cierto, es una palabra que no he escogido al azar, de modo que en la segunda unidad me detendré a exponer una teoría de la ficción sobre la cual se sostenga la distinción mencionada. Debo admitir, no obstante, que el adjetivo

«respetuosas» me preocupa por lo que pueda provocar de malentendido. Aclaro desde el principio que nada tiene que ver con la corrección política o el mero papanatismo. Aconsejo, de hecho, que si queda alguna duda al respecto se vuelva un momento a las primeras líneas de esta introducción para comprobar a qué me refiero con ello. Pero si resulta engorroso ir de nuevo al principio, declararé sin más que mi aproximación quiere ser respetuosa con la infancia, sí: en concreto, con su inteligencia, sus necesidades y sus capacidades. Tratar de colocarle de tapadillo un buen paquete de segundas intenciones, moralizar con la excusa de la educación en valores, sería poco menos que instrumentalizar la literatura a favor de causas que nunca estaré seguro de que sean tan nobles. Sería, como sostenía –¡una vez más!– Paul Hazard, una forma de opresión.

El tercer equívoco es el que tiende a dar por hecho que los libros infantiles son solo para niños, lo cual tiene repercusiones más profundas de lo que tal vez parezca en primera instancia. La primera de ellas, la más inmediata, es que quienes piensan que los libros infantiles constituyen un tipo de lectura exclusiva para una etapa de la vida, la infancia, se priva da manera un tanto incomprensible de un mundo fascinante. Por otra parte, el prejuicio filológico señala a menudo lo importantes que son los libros para niños –libros que, en realidad, no leen los adultos–, pero lo hace por su condición de vía de entrada hacia lecturas más «serias» y adultas. A veces, el valor de las cosas se rebaja a fuerza de este tipo de halagos. Aquí no negociaré mi convencimiento de que los libros para niños son valiosos por sí mismos, sin necesidad de constituir una especie de peaje a pagar para acceder a formas de cultura supuestamente más elevadas. Hay quien piensa que los libros infantiles son, en suma, libros para niños, y eso no acaba de ser del todo un halago. A veces, la mejor manera de rebajar una cosa es alabarla de manera condescendiente. Maurice Sendak, el autor de *Donde viven los monstruos* (*Where the Wild Things Are*) y, en mi opinión, un genio, observaba con su perspicacia habitual lo siguiente:

Me gustaría acabar con la división en categorías de edad de niños por aquí y adultos por allá, lo cual es confuso para mí y creo que probablemente también para los niños. Es, de hecho, muy confuso para muchas personas que ni siquiera saben cómo comprar un libro para niños. Creo que si tengo alguna esperanza particular es esta: que

tercer equívoco:  
los libros infantiles  
son solo para  
niños

deberíamos ser simplemente artistas y simplemente escribir libros y dejar de fingir que existe la posibilidad de sentarse y escribir un libro para un niño. Tal cosa es completamente imposible. Uno simplemente escribe libros. (Sendak & Haviland, 1971, p. 280)

Lo que necesita la infancia por parte de los adultos no es que seamos preceptores, sino que acompañemos y mediamo. Desde esa perspectiva he redactado la tercera unidad, que hará hincapié en los vericuetos del mundo digital por el que todo pasa hoy.

Me centraré así en lo que implica mediar con la literatura infantil en la era del acceso, en el contexto que todavía algunos llaman, aunque a mí el término me parezca impreciso, «sociedad del conocimiento». Una distinción debida a Roger Chartier (2021), que habla de lógica del algoritmo y de lógica del mundo impreso, me servirá de hilo conductor para situar la literatura infantil en el marco de las nuevas dinámicas de lectura y de mercado que genera el paradigma digital. Como ya he dicho que mi aproximación quiere ser humanista, en el contexto de una sociedad democrática tal cosa se asocia para mí con la idea de una cultura participativa.

Establecido todo esto, te ruego que pases la página, pues creo que ya va siendo hora de entrar en harina.